



HOMILÍA DE LA MISA INAUGURAL DEL CAPÍTULO INSPECTORIAL

Lunes de la Octava de Pascua

«Enteraos bien y escuchad atentamente mis palabras. Os hablo de Jesús el Nazareno, varón acreditado por Dios ante vosotros con los milagros, prodigios y signos que Dios realizó por medio de él.» (Hch 2,22).

Quien así habla a los judíos y vecinos de Jerusalén es Pedro, el mismo hombre que atenazado por el miedo, había negado ante ellos conocer a Jesús. El mismo hombre que huyó y lloró amargamente su traición y que ahora, provisto del Espíritu de Jesús se pone delante de los dirigentes del pueblo para confesar su fe. ¿Quién ha dicho que las personas no pueden cambiar? ¿Quién ha dicho que tenemos que resignarnos a convivir con esas actitudes que desdicen en nosotros el mensaje de Jesús? El cambio de Pedro no fue casual, ni tampoco fácil. En aquel encuentro con Jesús, junto al lago donde habían pasado tantas cosas entre ellos, las lágrimas derramadas tras negar su nombre, volvieron, pero esta vez para confesar por tres veces: «Señor, tú los sabes todo, tú sabes que te quiero» (Jn 21,17)

No sabemos lo que pasó durante aquellos días por la mente y el corazón de Pedro, pero sí conocemos los efectos que produjo en su vida, el reencuentro con el Resucitado. Desde que Pedro supo que Jesús contaba con él, a pesar de su traición, desde entonces ya no hubo otro nombre capaz de salvar. Jesús orientó sus decisiones y ocupó su predicación. El proceso personal de Pedro es fuente de inspiración para el camino interior que cada salesiano de la inspección, estamos llamados a recorrer.

Por ello os invito, en este lunes de Pascua en el que inauguramos nuestro Capítulo Inspectorial, a renovar las motivaciones, los deseos, los centros de interés que mueven realmente nuestra vida. No serán nuestros pecados los que nos apartan de Él, sino nuestros desencuentros y la distancia afectiva a la que podemos llegar a acostumbrarnos.

La que os hago no es una invitación cualquiera, porque si Jesús no ocupa el centro de nuestra existencia, proyectaremos a los educadores y a los jóvenes que comparten con



nosotros vida y misión, otras prioridades, y el trabajo generoso que sostiene tantas actividades y obras en nuestras casas correrá el riesgo de estar desenfocado.

Esta es una cuestión capital, que determina nuestras opciones: llevar a Jesús con nosotros y dejarle habitar cada momento de nuestra vida. Razonar desde sus criterios, sentir con su corazón, dialogar con Él en la oración desde la vida de cada día, con sus penas y sus alegrías. Este fue el cambio que experimentaron las mujeres que se marcharon del sepulcro impresionadas y llenas de alegría o el que sintieron los Once, cuando Jesús irrumpió superando las barreras de la casa, para inundar sus vidas con su Espíritu que regala perdón y paz. Este es el cambio que puede transformar hoy nuestra vida. Deseémoslo, pidámoselo.

Queridos hermanos, seglares con los que compartimos vida y misión y que nos acompañáis representando a tantos otros que están en nuestras casas, aunque haya muchas dificultades externas e internas, dejaos interpelar por estas palabras: ¡No temáis!

No temáis a las trabas burocráticas y normativas, a las quejas recibidas, a ser menos influyentes que antes, a tener menos recursos, o a llegar a menos actividades. El problema no es ser pocos; el problema es ser insignificantes porque nos alejamos de ese encuentro personal con Jesús, que nos invita a anunciar con audacia y valentía la convicción que cambió la vida de Pedro: *«A este Jesús lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos»* (Hch 2,33).

El encuentro de aquellos hombres y mujeres con el Resucitado hizo nacer a la comunidad cristiana. ¡Tan diferentes como eran y tan frágiles como habían demostrado ser! No eran los mejores, más bien sus historias dejaban un rastro poco ejemplificante de envidias, cobardías, traiciones. Pero la primera comunidad cristiana, como cada una de las nuestras, no nació ni por un acto de voluntad compartido, ni por un proceso de organización interna. Fue Jesús quien les convocó con aquel mandato dado a las mujeres que acudieron al sepulcro: *«Id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán»* (Mt 28,10).

En efecto, Jesús nos convoca en Galilea y nos envía su Espíritu para que nuestras comunidades crezcan en fraternidad, en comunicación, en unidad junto a Él, en una alegría serena que se expresa en los detalles cotidianos. Comunidades formadas por salesianos convencidos de ser una misión por lo que son, no solo por lo que hacen o por el cargo que ocupan en la organización de la casa. Comunidades que rezan y que viven el espíritu de familia en esos detalles concretos que forman parte de nuestra tradición. Comunidades abiertas a los jóvenes y a los educadores de la casa que habitan.

Por eso os invito a renovar nuestra vida comunitaria, poniendo cada uno de nosotros todo lo que esté a nuestro alcance para cuidar con detalle la vida común a la que el Señor nos ha convocado.



Galilea fue el lugar donde se escuchó la primera llamada, donde se experimentó la convivencia con Jesús y a donde los discípulos regresaron tras una experiencia de fracaso humano que fue transformado en Vida por la acción de Dios. Galilea representa a cada una de nuestras comunidades. Los cuarenta y ocho lugares donde estamos presentes en la inspección y donde se desarrolla esa vida cotidiana en la que Jesús nos espera para encontrarnos con Él y para reunir de nuevo a todos sus hermanos.

«Vivir y trabajar juntos es para nosotros, salesianos, exigencia fundamental y camino seguro para realizar nuestra vocación. Por eso nos reunimos en comunidades, en las que nos amamos hasta compartirlo todo en espíritu de familia y construimos la comunión de las personas» (C49).

Acudamos a la convocatoria realizada por Jesús para reunirnos como hermanos suyos junto a Él. Miremos así a nuestra comunidad, hecha de personas imperfectas, como fueron los primeros discípulos, pero que es algo mucho más grande que la mera convivencia de un grupo de personas que comparten techo y ciertas tareas de la vida.

El encuentro con el Resucitado encomendó a sus discípulos una misión. Solo quien se ha dejado transformar personalmente, puede tener fuerza y credibilidad para proponer un cambio en la vida de los demás. Aquel encuentro no fue algo mágico que dio los poderes necesarios para garantizar el éxito de la tarea. La cruz no se borra de la vida del discípulo y la debilidad seguirá siendo una oportunidad para reconocer la necesidad de la Gracia. En la vida de la naciente comunidad cristiana continuarán las discrepancias y las inseguridades. El Espíritu de Jesús, donado y acogido, será la salvaguarda de que cada uno de ellos no persigan su propia misión, sino la encomendada por el Señor.

También nosotros estamos convencidos de que nuestra Congregación no fue fruto de una idea humana, sino de la iniciativa de Dios. El mismo Espíritu que acompañó los primeros pasos de la vida de la Iglesia, inspiró nuestro carisma y sigue acompañando nuestra vida y nuestra misión.

Es por esto, por lo que os invito a seguir entregando hasta el último aliento de vuestra vida por los jóvenes a los que Dios nos ha enviado. Como Don Bosco, un día. Como Don Boscós, hoy. Os invito a ayudarnos unos a otros para saber encontrar los modos adecuados para ser en cada casa, una presencia visible y creíble de que merece la pena ser salesiano y entregar a Dios toda una vida.

Esta invitación recibida para vivir el sacramento salesiano de la presencia, no puede ser solo un eslogan. La presencia es para nosotros asistencia, cercanía, relación. Evoca una forma de ser y estar que expresa una pedagogía y una espiritualidad. La presencia es sacramento cuando ayuda, a quien se relaciona con nosotros, a ir más allá de lo inmediato de un encuentro, de una actividad o de un clima festivo.



La presencia en una casa salesiana, es la manera de llevar adelante, por salesianos y educadores, la misión que se nos ha confiado entre los jóvenes: *«En las diversas circunstancias compartimos con ellos el pan, promovemos su competencia profesional y formación cultural. Trabajamos en ambientes populares y en favor de los jóvenes pobres. Caminamos con ellos para llevarlos a la persona del Señor Resucitado».* (C 32.33.34)

«Dios lo resucitó, librándolo de los dolores de la muerte» (Hch 2,24).

Queridos hermanos salesianos, queridos seglares que compartís con nosotros vida y misión, rompamos cualquier atadura que genera dolor y nos impide vivir con alegría nuestra vocación. Que el itinerario creyente de aquellos hombres y mujeres que se encontraron con el Resucitado, que acompañará la celebración de nuestro Capítulo Inspectorial durante esta Octava de Pascua, sea un estímulo para el itinerario creyente de cada uno de nosotros, de cada salesiano, de cada Comunidad Educativo Pastoral.

Rompamos esas ataduras que genera la rutina, el lamento, la queja, la superficialidad de vida, el pensar que ya nada puede cambiar. Rompamos los signos de muerte para convertirnos en testigos creíbles de la Vida. Dejémonos evangelizar, para ser evangelizadores. Sintamos al Señor que nos convoca para poder convocar a los demás. Experimentemos la paz que Dios nos regala en Jesús Resucitado, para llevarla con nuestra vida, con nuestras actividades y obras, a quienes habitan nuestras casas.

Fernando García Sánchez
Inspector SSM